

¿QUÉ DICES DE TI MISMO?

(Jn 1,6-8.19-28)

⁶ Vino un hombre, enviado por Dios: se llamaba Juan. ⁷ Éste vino para un testimonio, para dar testimonio de la luz, para que todos creyeran por él. ⁸ No era él la luz, sino quien debía dar testimonio de la luz. ¹⁹ Y este fue el testimonio de Juan, cuando los judíos enviaron desde Jerusalén sacerdotes y levitas a preguntarle: «¿Quién eres tú?» ²⁰ Él confesó, y no negó; confesó: «Yo no soy el Cristo». ²¹ Y le preguntaron: «¿Qué pues?; ¿Eres tú Elías?» Él dijo: «No lo soy». —«¿Eres tú el profeta?» Respondió: «No». ²² Entonces le dijeron: «¿Quién eres, pues, para que demos respuesta a los que nos han enviado? ¿Qué dices de ti mismo?» ²³ Dijo él: «Yo soy la voz del que clama en el desierto: Rectificad el camino del Señor, como dijo el profeta Isaías». ²⁴ Habían sido enviados por los fariseos. ²⁵ Y le preguntaron: «¿Por qué, pues, bautizas, si no eres tú el Cristo ni Elías ni el profeta?» ²⁶ Juan les respondió: «Yo bautizo con agua, pero en medio de ustedes está uno a quien no conocen ²⁷ que viene detrás de mí, a quien yo no soy digno de desatarle la correa de su sandalia» ²⁸ Esto ocurrió en Bethabara, al otro lado del Jordán, donde estaba Juan bautizando.

Debería ser domingo de gozo, alegría y regocijo, *Gaudete*, pero no es así. Debería ser porque dentro de poco es Navidad, el día en que el cielo y la tierra se unieron, el día en que Dios perfectísimo tocó el cuerpo imperfecto y pecador del hombre, el día en que la Divinidad adquirió cuerpo humano y el cuerpo humano se divinizó. Debería ser *Gaudete* porque dentro de poco el Vicario del Niño que nació en Belén visitará nuestro país. Debería serlo. Pero no es así. Llegó una nube gris sobre nuestra patria, y parece que no se irá por algún tiempo, y nos quiere quitar no solo la luz, el gozo y la alegría de este tiempo pre-navideño, sino que además se puso delante de todos tapándonos el por-venir, impidiendo que vislumbremos nítidamente el futuro. Ay de nosotros si no sabemos mirar el por-venir, el ad-venir, el adviento de la historia y de la fe. Ay de nosotros, si solo tenemos ojos para ver el presente. Ay de nosotros porque el por-venir nos abatirá. Solo para mencionar un ejemplo coyuntural: el corrupto, el que se corrompe y el que corrompe, nos demostró que solo ve el momento, la circunstancia o la oportunidad. No se percató en alzar los ojos y mirar el por-venir. La ceguera existencial impide vislumbrar el ad-vento.

El misterio del adviento consiste precisamente en esto, en saber esperar. Y el cristiano, a diferencia del impío, espera siempre algo nuevo y diverso, espera con esperanza. No es sencillo, sobre todo en este tiempo, que pululan los controladores, los planificadores, los proyectistas y los pronosticadores milimétricos. Hombres ilusos. Pregúntale si no a los corruptos que hoy tristemente desfilan por los periódicos. Eres terreno y humano. No lo olvides. El ad-vento nos recuerda que existe un mañana y un advenimiento, que escapa de nuestras manos, porque Dios es im-predecible. Él es siempre nuevo y hace cosas nuevas (Is 43,19). Pues si Dios no nos sorprendería, qué Dios sería. Testigos de esto son los profetas, los santos, los sabios y los hombres de Dios, como Juan el Bautista

El Bautista

Ya lo conocimos el domingo pasado. Para los sinópticos, el Bautista es el precursor del Mesías; para Juan, en cambio, el evangelista, es el «testigo de la luz»: «No era él la luz, sino quien debía dar testimonio de la luz» (8). Según el evangelio, unos versículos

antes, que la liturgia de hoy los omitió, dice de Jesús: él «era la vida, y la vida era la luz de los hombres, y la luz brilla en las tinieblas» (1,4-5). *Ergo*, el Bautista fue (es) testigo de la Luz, o sea, testigo de la Vida. No nos alarguemos en el tema cristológico, maravillado a los ojos de los hombres, quedémonos un rato en la condición de «testigo».

La misión del Bautista, hombre como nosotros, fue la de ser testigo no de historias amenas o anécdotas insólitas, sino «testigo de la Luz», testigo de la Verdad, testigo de la Vida. No es una misión simple, es una misión valiosísima. En aquella época, los romanos dominaban militarmente el mundo, los emperadores se desvivían por el lujo, el desenfreno, el poder y la gloria. Los tres reyes, que gobernaban la Palestina, a pesar de que eran hermanos, eran déspotas, tiranos inmisericordes, maniáticos conspiradores, celosísimos del poder, sátrapas que se vendían por un puñado de dinero. Acontecía lo mismo entre los fariseos, sacerdotes y levitas, que aparecen en el texto (19). Esos justificaba su nepotismo por el afán del dinero mientras comerciaban con el culto; la vanidad, los primeros puestos y las oraciones so pretexto de salvación junto con las cargas pesadas que imponían a la gente, repitiendo el cumplimiento riguroso de las normas y preceptos, desvirtuaban el sentido de la religión y la figura de Dios. Ni qué decir de la clase pudiente. Epulón saboreaba y banqueteara indiferente frente al pobre Lázaro. Los publicanos, como Zaqueo, estafaban a los ignorantes sin remordimientos. Y había quienes «purificaban por fuera la copa y el plato, pero por dentro estaban llenos de rapiña y violencia» (Mt 23,25). En aquel ambiente, no tan extraño al nuestro, hubo uno que fue testigo de la Luz, testigo de la Vida. Y si existe uno, existe salvación (Gn 18,16s). El testigo significa salvación para el pueblo y salvación para los hombres. Miremos, por un momento, nuestra patria, nuestro contexto, y preguntémosnos: ¿Existe algún testigo de la Luz entre nosotros? ¿Podríamos señalar alguno? O ¿Podría alguno levantar la mano?

La esperanza

Los pueblos paganos – dice san Pablo – refiriéndose indirectamente al resto de los pueblos como el nuestro, viven sin esperanza (Ef 2,12). Y la esperanza, para el creyente hebreo, no es un estado de ánimo optimista que anhela momentos favorables. Nada de eso. La esperanza para Israel significa la llegada del Salvador, del Salvador prometido. Aquel que con su venida rehace, recrea, todas las cosas. Aquel que con su venida trae la paz, el gozo, el perdón de Dios; en una palabra, trae Vida, porque la vida es la luz para los hombres (Jn 1,4-5). Por eso, Israel espera(ba) la realización de esta verdad aguardando la venida del Cristo, de Elías y/o del Profeta (). Nada de abstracciones entonces. La esperanza es siempre presencia, presencia de una persona, digan lo que digan los psicólogos. Dios prometió a David, mil años antes del nacimiento de Jesús, que uno de sus entrañas, el Mesías, instauraría un reino de paz para todos los hombres. Dios también prometió que el Profeta Elías, que vivió cien años después y que fue arrebatado al cielo, regresaría como antesala de ese reino prometido. Y Dios prometió igualmente, doscientos años antes de David, que enviaría un Profeta semejante a Moisés, quien enseñaría en nombre del Señor y a quien le escucharían todos los pueblos del orbe (Dt 18,18). Así fue como Israel vivió su esperanza, esperando un hombre enviado por Dios. Los cultos de la época del Maestro pensaban que fuese el Bautista, por eso le llenaron de preguntas (19-22). Aquellos hombres y aquel pueblo, como dice Pablo, vivieron con esa esperanza. Qué distinto a la mentalidad pagana. Y como creyentes seguimos esperando. Ya no en una persona difícil de identificar, sino esperamos ahora en Jesús, el Mesías, el Hijo de María y de José, que es al mismo tiempo el Hijo del Dios vivo. Esperamos porque Él lo ha prometido. Y *esperamos* que llegue su reino, hoy más que nunca. El Perú lo necesita.

Yo soy la voz

«¿Quién eres?». Le preguntaron al Bautista. Él respondió: no soy el Cristo, no soy Elías y no soy el Profeta (20-21). «¿Quién eres entonces?». «¿Qué dices de ti mismo?» (22c). Defínete, diríamos hoy. Cuántas definiciones surgieron aquí y allá entre filósofos. Desde animal racional hasta persona humana. Desde la «naturaleza individual perfectísima», como decía Santo Tomás, hasta el «ser que se hace», como decía Kierkegaard. Desde el «ser en relación», como dicen los personalistas hasta el «ser indigente de amor» como dicen los psicólogos. Pero ninguno se atrevió a definir al hombre como «voz». «Yo soy la voz – dice Juan el Bautista – que clama en el desierto» (23b). Es una auto-definición profética () y algo más. No es simple anunciar el por-venir, y más si se trata del Salvador; tampoco es simple denunciar las injusticias, y más si se trata del gobernante de turno. «Yo soy la voz», dice Juan. También el Niño que viene es la voz y es más que eso, es la Palabra. Porque la Palabra para el cristiano es Dios (Jn 1,1: y la Palabra era Dios). ¡Qué verdad tan fuerte! Si quieres definirte como cristiano tienes que identificarte con la «voz», y aún más, con la «Palabra» (Jn 1,1). Lo contrario es opuesto a esta definición bíblica. Es más, Jesús expulsó una vez un demonio mudo (Mt 9,32). Ay de aquel cristiano que no es voz. Ay de aquel misionero que no es voz, Ay de aquel predicador que no es voz. Ay de aquel pastor que no es voz. Ay de aquel que se oculta en lo políticamente correcto, desvirtuando el cristianismo. Volvamos entonces a mirar, hoy más que nunca, la figura del Bautista. «Yo soy la voz», dijo él y se autodefinió así. ¿Y tú?